

La directora presenta una obra salvaje inspirada en el torero Juan Belmonte, recibida con una ovación en su estreno en el festival de teatro francés que la encumbró hace una década

La faena de Angélica Liddell sacude Aviñón

ÁLEX VICENTE, Aviñón

No era una plaza fácil, pero Angélica Liddell se presentó sin banderillero, esquivó casi todas las cornadas y logró salir por la puerta grande. La directora española estrenó en el Festival de Aviñón su nuevo espectáculo, *Liebestod*, esa "muerte de amor" con la que Wagner tituló el final de su ópera *Tristán e Isolda*, que Liddell también hace sonar en esta obra inclasificable, una historia de sus raíces y de sus abismos que juró que se inspiraba en la biografía de Juan Belmonte que firmó Manuel Chaves Nogales. Esperar algo parecido a un *biopic* del torero era conocer mal la evolución reciente de la dramaturgia de Liddell, cada vez más compleja y hasta ininteligible, que hace caso omiso a las reglas aristotélicas y los consensos sociales, e incluso se nutre del rechazo ajeno, con el antagonismo como sempiterna postura estética y moral.

Aun así, la sombra del torero poeta y suicida se ve por todas partes en esta función, acogida con una ovación en el comienzo de la 75ª edición del festival que la encumbró en 2010 con *La casa de la fuerza*, rompiendo con años de desprecio y marginalidad en la escena española y cuando ya estaba a punto de tirar la toalla. En la figura de Belmonte, Liddell encontró "un mellizo". "Al leer el libro de Chaves Nogales, me di cuenta de que decía cosas que podría haber firmado de mi puño y letra, frases que habían rodado en mi boca como una lengua antigua. Por ejemplo, que se toreara como se es y que se toreara como se ama", decía ayer en su hotelito de dos estrellas de Aviñón, en el que Liddell se aloja por decisión propia en una habitación frugal, casi como en aquellos tiempos en que acudía al festival con un falso carné de prensa y cenaba salchichas frías en su albergue de los suburbios.

Liddell (Figueras, 55 años) nunca ha visto una corrida —como tampoco Chaves Nogales—, lo que no le impide admirarlas. "La tauromaquia va más allá de eso, pertenece al mundo de la poesía. El debate ético no me interesa. La sociedad está tan infantilizada que no es capaz de enfrentarse a la belleza del ritual. Para mí, librar al toro de lidia de la muerte es como blasfemar, es una blasfemia contra la belleza y contra lo sagrado", asegura. La directora protesta contra un mundo artístico "obsesionado por el deber, por complacer a todos los grupos sociales". "Esa sociedad naif de lo correcto y de los derechos roza la idiocia, como dice el gran Javier Marías. Nos dirigimos hacia una sociedad prohibicionista, higienista y puritana, sin ninguna arista. Estamos privando a lo humano de su parte negra, de su parte de noche". Ante esa "lacría", Liddell aboga por un teatro que sea "el último reducto de transgresión".

Su función da un nuevo ejem-



Angélica Liddell, en la representación de *Liebestod* en el Festival de Aviñón. / CHRISTOPHE RAYNAUD DE LAGE

plo de ello. A las cinco de la tarde, como en el llanto de Lorca por Sánchez Mejías, empieza su obra en la Ópera de Aviñón, un tinglado provisional en la periferia de la ciudad de los Papas erigido mientras se restaura su sede histórica del centro. Arranca con Liddell de negro estricto sirviéndose una copa de tinto y mutilándose las tibias, las falanges, la entrepierna. Un tic habitual en su teatro al que regresa ahora en este trabajo, encargado por otro enfant terrible como Milo Rau para el Teatro Nacional de Gante, y una escarificación simbólica que traduce "los riesgos espirituales" que ella asume al salir a escena. Durante los ensayos, Liddell visionó un sinfín de vídeos de Jean Rouch, el pionero del cine etnológico que filmó los rituales animistas en África. "Someter el cuerpo a alteraciones físicas te permite dar el salto al trance. Podría decir que ellos son mis maestros", ironiza la directora, que hace un guiño a esas culturas, aunque sea a ritmo de pasodoble y vestida con traje de luces, en un apoteósico tramo final.

Liebestod lleva el subtítulo de *El olor a sangre no se me quita de los ojos*, frase inspirada en una cita de Francis Bacon, cuya ojerosa mirada también irrumpe en el escenario.

El texto carga contra el Me Too, las actrices, los jóvenes, Francia...

"La sociedad no es capaz de enfrentarse a la belleza del ritual", dice la autora



Angélica Liddell en un momento de la obra. / C. R. DE L.

La obra debía estrenarse en la edición de 2020, que fue suspendida por la pandemia. Liddell no lo vivió con frustración: esta larga gestación de dos años permitió que su texto circulase por otros derroteros, que cree que han enriquecido el resultado. "Irrumpió lo que me faltaba, que era el enamoramiento. Si se hubiera estrenado un año antes, no hubiera estado recorrida por la misma fuerza. No estarían el salvajismo, la tragedia y el dolor que implica el amor. La obra ha cambiado al 100%", asegura Liddell, que en este 2021 ha salido de un ayuno mediático en el que llevaba metida cinco años, un periodo de depresión y luto por la muerte de sus padres durante los que no concedió ni una sola entrevista.

Reverso amargo

Aunque esta felicidad aparente tenga, como casi siempre en ella, un reverso amargo. "Cuando me enamoro corro peligro de muerte, como dice Emmanuel Carrère en *Yoga*. Lo más peligroso que me puede pasar en la vida es enamorarme", asegura Liddell, que vive esperando que la dejen, sometida al terror incesante de amar y no ser correspondida.

Mientras cuelga de los cuernos de un toro inerte al que recita frases de Cioran o perrea con sevillanas de Los

Marisemeños como telón de fondo, Liddell establece un paralelismo entre tauromaquia y teatro. "Por si esos imbéciles son incapaces de comprenderlo, dígame que el torero es un ejercicio espiritual", reza su primera frase.

Deambula sobre las tablas lamentando un terrible mal de amores, antes de embarcarse en un *stand up* tremendista durante el que, micrófono en mano, pronuncia injurias a diestro y siniestro. Contra sus admiradores, "mentecatos, mujeres y maricones" que llenan las papeles de sus habitaciones de hotel con sus cartas llenas de esos elogios que tanto aborrece. Contra las actrices, "más pueras que las putas, porque ellas no engañan". Contra el Me Too, como ya hacía en su obra *The Scarlet Letter*: "A los actores habría que dirigirlos con un látigo. Tanta denuncia y tanta hostia...". Contra Francia, donde "los jóvenes de 16 años se manifiestan por sus pensiones", una sociedad que le asquea por su elitismo, su desacralización y sus huelgas.

Lo más admirable es que la faena terminara con vitorios, tal vez porque nadie se lleva peor parte que ella misma en este reparto de mandobles: "¿Quién irá a recoger tus cenizas? Eres ya una puta vieja y no has conseguido que nadie te quiera. Estás aquí para buscar el amor de estos desconocidos. Estás trabajando en este teatro porque nadie te ama en el mundo real". Lo confirmará en la entrevista, a modo de conclusión: "Mi toro no es el público, sino el propio escenario".